

Julien Green

Páginas de un diario.

10 de julio de 1935.

Ayer visité a Gide. No sé por qué conversamos de nuestro modo de vivir en viaje y de la imposibilidad en que estamos de vigilar los gastos y llevar las cuentas. Salimos y él me habló desordenadamente. Me dijo que lo que más le llamaba la atención en mis libros era que nunca se interrumpe la narración, que el relato es continuo hasta el final y que, si escribiera algo sobre mí, insistiría sobre este punto. Me dijo también que lo verdadero en mis novelas lo es a pesar de un desacuerdo sensible con la realidad cotidiana. Y agregó que me encuentro en un recodo, que mi verdadera carrera comenzará el día en que mi público me abandone, cuando considere que mis obras se parecen muy poco a los modelos naturalistas que ese público solicita. «El público, dijo, quiere novelas que se asemejen a las que conoce». Añadió además, *que no debía vacilar llegado el momento, sino dejarme llevar por la inspiración, por mi verdadero temperamento de novelista fantástico*. Al respecto, hizo un rodeo sobre sí mismo y expresó que en el fondo no ha encontrado su verdadero público. «¿Qué escritor encuentra su público pregunté entonces?». ¿Cómo? ¡casi todos! ¡Ahí tiene a Paul Bourget!». Hablemos de grandes escritores. Dickens, ¿no ha gustado mucho a lectores a quienes no debió agradar? Su verdadero público se forma ahora. «Me dió la razón sobre este punto y me habló de los libros que pudo escribir y que siente no haber realizado». Si los escritores del siglo XVII hubiesen podido prever que serían leídos en trescientos

años, hubiesen escrito, sin duda, de una manera muy distinta. Los imaginamos volviendo a la tierra y diciendo: «Si lo hubiéramos sabido... Porque nos damos cuenta que pudieron hacerlo mejor y no se atrevieron». «Pregunté a Gide cómo hubieran sido esos libros que no ha escrito. ¡Oh! dijo con un tono pensativo, obras de imaginación, novelas...».

Poco después, Gide me expresó que yo he tenido hasta ahora una situación excepcional, gracias al elemento irreal que hay en mis libros, «pero, dijo, será necesario que abandone esa posición e ingrese en un partido». (Pensaba en los grandes conflictos políticos que, sin duda, dividirán al país.) «Los choques entre la derecha y la izquierda son casi inevitables. Ud. no podrá en ese caso acantonarse en la literatura. Se verá obligado a escoger». «¿Escoger?», dije. ¿«Escoger entre el comunismo y el fascismo?» (Pensar que es el autor de «Nourritures Terrestres» el que me habla así). Le pregunto si después de su conversión al comunismo se siente libre. Había dicho un poco antes que se había convertido en «una persona representativa» con una sonrisa un poco burlesca, para indicar que se reía de eso. Me respondió que no y me citó una frase de Barrés quien contestaba a los que le preguntaban acerca del momento más penoso de su vida parlamentaria: «¡Votar con mi partido!» Nos separamos poco después. Me pidió que volviera a pensar en el viaje que proyectamos a Norte América.

13 de julio.

Gide me expresaba el otro día, que no sabía relatar sus proyectos de libros, que nunca lo había logrado y que creía que las personas que pueden hacerlo *no valen nada ante una hoja de papel* (a propósito de que yo le había dicho que a veces tenía deseos de referir a alguien el tema de la novela que estaba a punto de escribir y que en el último momento me arrepentía siempre de terminar honorablemente). Y agregó que cuando relata, teme siempre no interesar hasta el final a su auditor. Si,

por ejemplo, es interrumpido en mitad de una narración, y nadie le dice: ¿Y ahora?, cuando ha finalizado esa interrupción. Expresó además, que en sus libros el final está abreviado, a veces, indebidamente y se preguntó si el temor de no ser acompañado hasta el final no era «un resto de su juventud».

1.º de septiembre

Continuó la lectura de Ramacharaka. Siempre que leo sus libros me siento levantado por un impulso extraordinario, pero cuando dejo el libro, ¿qué me resta de esas buenas disposiciones? Yo también he querido la libertad, la libertad por todos los medios. He creído que la saciedad me conduciría a ello. Pero no, es el más falso de los cálculos, hace más sólida la cadena y romperla está por encima de nuestras fuerzas. ¿Entonces?

4 de septiembre.

Hace poco más de un año que comencé el estudio del budismo. ¿Ha cambiado algo en mí? Lo creo. Lo que antes me aterrizaba no me emociona ya. Encaro la muerte sin temblar y antes, el pensamiento de desaparecer me producía una impresión tan penosa que no osaba dirigir mi espíritu hacia esa orilla.

28 de octubre.

Estábamos los cinco sentados alrededor de la mesa en el comedor. Ardía en la chimenea un fuego de leña y era tanta la obscuridad que tuvimos que encender las lámparas aunque sólo eran las dos de la tarde. Eramos cinco y reíamos y yo sentí, de súbito que éramos muchos más, que nuestro júbilo había atraído a todos los que faltaban: mi padre, mi madre y las hermanas que he perdido; se sentaron cerca de nosotros y nos acompañaron hasta el final de la comida riendo con nosotros. Tuve un momento de gran felicidad, un sentimiento de seguridad profundo, pero no me atreví a decir una palabra.

30 de octubre.

En Amberes, al amanecer, mientras dormitaba, pensé no sé por qué en la expresión: el reino de este mundo. Y me ví de repente a una altura espantosa sobre la tierra. Grandes manchas vagamente luminosas señalaban la ubicación de las ciudades que parecían palpar en el crepúsculo como medusas sobre una playa de arena negra.

5 de febrero.

¿Cómo cambiar la vida? Por dentro. Es inútil quemar libros y manuscritos. El renunciamiento no es éste; hay que conquistar un corazón nuevo y lo demás se realiza sin dificultad. Siempre me sorprendo y me espanto un poco al ver a personas que se imaginan poseer hermosas telas, muebles raros, libros preciosos, cuando es todo lo contrario, quiero decir que todos esos objetos son dueños de los que crean ser sus propietarios. Cuando podrían decir: «Pertenezco a un bronce de Pollaiuolo, a dos grandes cofres del siglo XVI, a una exquisita pintura de Delacroix, etc... «Y mientras más rico se es, los amos son más numerosos y tiránicos. Recuerdo que lo que me agradaba tanto en V., era que no poseía nada: me sentía muy pobre a su lado. Le dí el Baudelaire de la edición Schiffrin. Después él se procuró dos o tres libros más y ya todo cambió.

28 de octubre.—Londres.

En la pieza en que escribo se encuentra una curiosa pintura del siglo XVIII, a la manera de Le Sueur. Representa a dos mujeres que se abrazan, una ostenta los atributos de la Medicina, la otra los de la Justicia y a menudo he tratado de hallar un significado a esta alegoría. A propósito X... con quien almorcé hoy me habló de las confidencias que le hizo hace tiempo un célebre ginecólogo inglés, acerca de la manera cómo se libran de los niños monstruosos o mal nacidos. El partero que sube a la pieza de la parturienta cuida siempre de *olvidar* en la antesala

una cartera o cualquier objeto. Si ve que el niño no tiene piernas o tres ojos o que será idiota, aleja a la camarera enviándola a buscar su cartera y después aplica la mano sobre el rostro del niño que al cabo de diez segundos cesa de vivir. Interrogado sobre el número de niños que había suprimido de esa manera en el curso de su profesión respondió: «Cerca de setenta». Sucede, desgraciadamente que se escapan algunos monstruos, pero esto sólo se produce en los campos cuando son llamados a desempeñar el oficio de parteros, de las campesinas a carabineros ignorantes. Agregó que ningún partero consentiría en denunciar a un colega.

15 de diciembre.

Un llamado telefónico de Gide: «No tome mi silencio por frialdad», me dice. Y continúa: «me sumerjo a veces...». Voy a verlo a su casa. Parece alegre, más joven que nunca desde que lo conozco. Me habla primero extensamente de *Minuit* que ha leído en Cuverville. No le agradaron la primera ni la segunda parte... Un poco más tarde me habla de la literatura inglesa (a propósito de las obras históricas de Shakespeare). «Parecemos muy secos a su lado, dice». Y mueve la cabeza agregando: «¡Si, si!» como si yo hubiera protestado. La conversación gira en seguida hacia la política, me felicita de no haber querido elegir entre el comunismo y el fascismo «porque expresa, con voz algo triste, son la misma cosa». Y añade: «Usted es apolítico. Siga siéndolo». Me habla con admiración de los *refractarios* que ha visto en Rusia. Hace un retrato del joven alemán hallado en un barco en el curso de un viaje por el Mar Negro; especie de Rimbaud, casi ridículo si su rostro no hubiese sido tan hermoso, vestido con un traje de cuero y que llevaba bajo el brazo un pequeño paraguas; y además de esto tenía un aspecto huraño. Gide le preguntó si trabajaba. Respuesta: no trabajo. Me niego a trabajar». «Pero ¿qué haces para vivir?». «Me las arreglo».

He olvidado decir hace poco que respecto a la tercera parte

de *Minuit Fide* me reprocha haber escrito siempre la palabra *amor* cuando según él, hubiera sido necesario poner *deseo* «para expresar lo pánico que hay en esta historia».

2 de enero de 1937.

Largas lecturas de la Biblia. Sin duda esas inmensas riquezas nunca serán agotadas y comenzamos a entreverlas apenas. Sin embargo son de todos nosotros, constituyen en cierto modo la dote de la humanidad en sus nupcias espirituales... Desconfiemos no obstante de la falsa moneda de los traductores.

27 de abril.

Escribo a bordo del barco que me conduce a Virginia. El mar desenvuelve sus negras olas bajo un cielo gris. Ayer en la tarde durante más de dos horas, la sirena aulló tristemente en la bruma, como para llamar a todos los náufragos, tragados por el Atlántico. He leído mucho en mi cabina que, gracias al cielo no comparto con nadie.

10 de mayo.

Arribé el 2 de mayo a Norfolk. Fuí en coche de Norfolk a Suffolk a donde llegamos a la caída de la noche. Había llovido. Las avenidas obscurecidas por los grandes árboles exhalaban un olor a hojas y a tierra mojada. Sobre las columnas blancas de las casas, donde brillaban los reverberos, las ramas dejaban sombras negras que me recordaron mis años pasados en el Sur, porque parece que el Sur, es esto, sombras negras sobre columnas blancas. Tengo una gran sala y un lecho con columnas y desde mi ventana sólo veo árboles y únicamente escucho a los pájaros que cantan y murmuran todo el día. Es extraño volver a sumergirse en todo esto. Es la primera vez que vuelvo a ver la primavera en Norte América desde los veinte años. Pero ya no soy la misma persona.

22 de mayo

En la Universidad. Escribo en esta antigua biblioteca en la que me agrada pensar que Edgard Poe venía a leer y a soñar algunas veces. Hace quince años trabajaba en esta misma mesa. Trataba de olvidar París y pensaba en él continuamente en vez de aprovechar la felicidad que me ofrecían. Estaba enamorado y era huraño y desgraciado cómodamente. ¿Podemos ser más torpes que en esa edad? Nada hacía para desanimar a mi propia tristeza, más bien la cultivaba y debido a ella ha adquirido un desarrollo extraordinario que amenazó invadir toda mi vida; me he librado de ella introduciéndola en mis libros.

He visitado las nuevas construcciones, ninguna es hermosa. La antigua Universidad está intacta, pero mientras antes se encontraba rodeada de bosques, de prados y de estanques como en los tiempos de Mr. Jefferson ahora se ahoga en una cintura de grandes casas banales. No dejan de decirme que han costado mucho dinero y no por eso tienen más mérito ante mis ojos. No, las ciudades y las universidades son como los hombres: la riqueza mata en ellas cierta cosa que no se encuentra ni reemplaza jamás. Ahora que la Universidad se ha convertido en una de las más grandes de Norte América, con un gimnasio del tamaño de una estación, con un dormitorio tan vasto como un cuartel, etc., atrae cada vez más a los jóvenes del Norte, y no me lamento de ello, pero constato que ya no es una Universidad del Sur. Sus profesores vienen de todas partes.

Un hecho curioso. En 1920 los automóviles eran muy escasos alrededor de la Universidad. Muy pocos estudiantes los poseían. Ahora las calles están obstruídas por ellos. ¡Ah! no alcanzo a creer que sea serio ir a los cursos en un Packard. Esto es más fuerte que yo, no puedo convencerme de que el gusto al estudio se acomode a ese género de lujo.

9 de mayo.

El placer mata algo en nosotros. Hace muchos años que

pienso en ésto, tengo rebeliones en contra de mí mismo, pero no me resuelvo a hablar de ello a nadie.

Hace días me hice una horrible quemadura. Me inquieta aún el pensamiento de que esta quemadura responde a yo no sé qué deseo obscuro que yo mismo no he osado formular. Ayer en la comida, sentí repentinamente esa felicidad extraña que no puedo definir. Veía tras los vidrios la arena amarilla pálida y el mar de un azul de turquesa... Mi corazón latía fuertemente y me costó trabajo ocultar mi emoción. Volví a mi pieza, esperé que obscureciera. El cielo estaba desgarrado por mil relámpagos de un extremo a otro. Aproveché que o se fijaran en mí y fui con los pies descalzos a la playa. Las olas furiosas producían un ruido de cañoneo. En la obscuridad brillaban aquí y allá restos de podredumbre arrojados por el océano, peces muertos y fosforescentes y reconocí la osamenta de un tiburón que había visto en la tarde. Escuché el gran ruido que venía de altamar y permanecí algún tiempo con el corazón lleno de amor, en un sentimiento de profunda seguridad. Pero ¿para qué hablar de lo que no puede expresarse?

10 de junio.

He regresado a Suffolk. Creo que muchas cosas nos son ofrecidas a fin de que podamos renunciar a ellas. Un hombre que nunca ha rehusado nada es un hombre muy pobre. Pero actuar de manera que no pueda aceptarse lo que nos da la vida es la más grande de todas las faltas. Atarse con promesas es horrible. Es como colocar la carne sobre el altar del sacrificio y sentirlo cuando la llama la consume, no; hay que ser libre hasta el fin para obrar bien o mal.

19 de junio.

No he dejado el lecho durante ocho días y el médico me ha dado a entender que la cura de esta herida durará aún varias semanas. He pasado dos noches sin atreverme a dormir, de te-

mor a moverme en el sueño, lo que volvería a abrir lo que se está cerrando tan difícilmente. La naturaleza es tan lenta y tan minuciosa, no soporta ser atropellada en sus métodos. En mi caso el bálsamo analgésico sólo retardaría la mejoría. Los libros me ayudan a tomar con paciencia esta incomodidad.

Por curiosidad he leído algunas cartas de Proust, pero no alcanzo a comprender que un hombre inteligente se preocupe de cosas insignificantes, de un artículo de diario, de una palabra pronunciada de tal manera por una dama en el curso de una velada. ¿Qué extraño placer experimenta en limitar la vida de ese modo? Al cabo de una veintena de páginas he cerrado el libro.

21 de junio.

Puedo levantarme y trabajar en mi mesa, siempre he pensado que las enfermedades, grandes y pequeñas, y los accidentes que vienen a turbar nuestra vida nos muestran claramente la voluntad que tiene la naturaleza de librarse de nosotros; trata por todos los medios de debilitarnos y gastarnos. Esta labor comienza muy pronto, acaso en las cercanías de la veintena, pero lo más singular es el cuidado, la buena voluntad, la generosidad con la que esta misma naturaleza que desea nuestra muerte, hace todo lo posible por sanarnos. Por esto me parece admirable el trabajo incesante de los tejidos que vuelven a formarse.

24 de junio.

Paseo en coche con Jim. Hermosa campiña, pero muy lisa y compacta. De vez en cuando a la vuelta de un camino un trozo de selva virgen, de cipreses que crecen unidos en una agua negra. Nos sentimos felices de que no hayan desecado esos pantanos ni cortado esos árboles. Me detengo un momento en la obscuridad de esos bosques en donde flota no sé qué olor de prehistoria. En el paisaje desnudo que lo rodea, ese pequeño fragmento de la gran selva primitiva, hace pensar en un recuerdo de la infancia extremadamente lejano, sumergido en la memoria de una persona

adulta. Dando una mirada de conjunto, dejando aparte algunos vestigios del siglo XVIII y de la Guerra de Secesión, la tierra de Norte América es una vasta página blanca, mientras que, por ejemplo, la campiña alrededor de Roma es una especie de palimpsesto.

24 de junio.

Concluiré por desprenderme del todo de este Diario, porque no he conseguido dejar en él lo que en realidad vale para mí. Muy pocas de mis dificultades interiores se transparenta en estas páginas; no encuentro en él gran cosa de este incesante debate entre lo que es verdadero—y quiere gobernarme—y lo que es ilusorio—y me fascina. Estoy en este mundo como un hipnotizado que trata de despertarse a la plena conciencia. He cedido a la ilusión de un simple espejismo; despertarme ahora es difícil, penoso.

25 de junio.

Ayer, cuando pasábamos frente a una linda casa blanca rodeada de árboles y de flores, no pude dejar de decir a Jim que hubiera querido vivir en una casa semejante o si no en esa. Lo que lo ha hecho reír inmoderadamente. «¡No sabes lo que dices! repitió. Es nuestra *funeral home*». En seguida me explicó lo que es una *funeral home*. Cuando alguien muere en la ciudad le hacen la toilette, lo embalsaman (¡horror!) y lo llevan a pasar una o dos noches a una pieza de esa hermosa casa. La pieza está amoblada como una pieza de hotel. No se cuántos muertos puede albergar así en espera de su entierro, pero, en la noche, una pequeña luz en el ángulo de una ventana indica que hay *alguien*. Estas hospederías para difuntos existen en casi todas partes en Norte América. Parece que algunas son inmensas. ¡Qué partido hubiera podido obtener un Edgard Poe de esta macabra institución! Nos imaginamos al ladrón que se introduce por error en una casa de esa especie, etc.

19 de julio.

He pasado el día con Gide que está en Londres por algún tiempo. Hemos almorzado en Kettner's. Temía que este sitio no agradase a Gide, pero parece gustarle y admira las escabiosas del Cáucaso que adornan nuestra mesa. Está de excelente humor, lo que no le impide manifestarse muy pesimista en lo que concierne al porvenir de Europa, porque un amigo y él conversan de política. «Son muchos los escollos murmura Gide, muchos escollos para que no haya naufragios». Habla amargamente del partido comunista y de los ataques de que es blanco por su último libro («Retosques a mi regreso de la U. R. S. S.»)... Después del almuerzo Gide y yo vamos a Prompton en el imperial del bus. En el salón azul y rojo (en el que he vuelto a trabajar estos días) no sé como sucedió que conversamos de la Biblia. Gide me dice que antes la leía «hasta el punto de haberlo hechizado. Al hablarle de la repugnancia que me producen ciertas palabras de San Pablo, Gide me cita una frase del abate M... a quien él confiaba su poco aprecio hacia el gran apóstol. El abate lo miró un instante, sonriendo, después terminó por decir: «San Pablo es el espinazo del pescado». Frase que Gide encuentra admirable: «No se ría», dice. Es en efecto el espinazo que forma la estructura del pescado, de $\iota\chi\theta\acute{\upsilon}\varsigma$ es la columna vertebral del cristianismo. Me recuerda en seguida, y esto me sorprende mucho que las epístolas de San Pablo son anteriores a los evangelios.

Un poco más tarde, mientras volvíamos a hablar del cristianismo, me dice que por su parte, la expresión *buscar a Dios* le parecía demasiado vaga y no correspondía a algo grande en su espíritu. Y ha agregado, bajando un poco la voz: «Me siento mucho más cerca del Cristo... que de Dios». Nos despedimos poco después.

27 de julio.

Cada vez que abro la Biblia encuentro en ella una alusión

a mi vida, a mis problemas, a las formas particulares que adquiere en mí la debilidad moral. Por eso considero este libro como un libro mágico. En efecto ¿de qué habla el segundo capítulo de Jeremías? Del lector, de cualquier lector que al abrir la Biblia en esa parte y leyendo lo que leo sobre el onagro que nunca se sacia, sobre Israel que se prostituye a los *baalim*, lo mismo que todos nosotros que corremos tras los falsos dioses, es decir tras todas las ilusiones del mundo, buscando nuestra dicha en lo que pasa, cuando ninguna dicha es cierta, ni permanente sino es sobrenatural. Habría que citar muchos ejemplos sobre esto.

A los veinte años había escrito una página referente a la lectura de la Biblia. Esta página se ha perdido, pero recuerdo que trataba de señalar, con los débiles medios de que disponía, que el pueblo judío era cada uno de nosotros y que en el gran drama que se desarrolla en la Biblia entre el Eterno y su pueblo, el papel de la conciencia es interpretado por Moisés y todos los profetas posteriores. Por eso, cuando los israelitas quieren lapidar a Moisés, es una imagen de la naturaleza en rebelión contra la gracia. Lo mismo cuando Jeremías es perseguido por los cortesanos que lo arrojan en un pozo.

21 de agosto.

Nuestra pieza da a la playa. Cuando alzo los ojos de mis libros o de mi novela, veo el marco de la ventana, un trozo de la bandera danesa rosado geranio y blanco que flota sobre el hotel y el mar. Cuando hace buen tiempo se divisa la costa de Suecia. A mediodía, o el comedor del hotel, sube un vals mimoso cuando no es la obertura de *Ruy Blas*. Es la hora del primer servicio, la hora para mí de hacer desaparecer mis pepes en el cajón de la mesa porque ya no se puede trabajar en esa algazara; pero no seamos hipócritas: hasta el fin de mis días habrá algo en mí que bendecirá el momento del recreo.

31 de agosto.

Escribo esto en una antigua selva de Copenhague. Siempre que estemos inmóviles, terminamos por ver gamos y ciervos que se acercan tímidamente, por pequeños grupos, entre las encinas venerables. Yerguen el cuello al verme, mueven una oreja y cogidos por una duda, se alejan en un gran rumor de ramas quebradas.

Había deslizado en mi bolsillo el libro de Job, pero debí tomar el *As you like it* y esta decoración reclama invenciblemente los versos de Shakespeare. Este amor a las selvas, a la soledad de una selva me parece que lo he llevado en mí desde mi más lejana infancia. Hasta donde puedo recordar, he amado la presencia de los árboles y el rumor del viento en el ramaje. La verdadera paz no la he conocido en las orillas del mar ni en la montaña, sino en los bosques.

8 de noviembre.

Si supiéramos únicamente que el cielo entero cabe en nuestro pecho y que el Eterno descansa en nosotros. Que la voz del universo nos habla en todo momento, en el murmullo de la lluvia, en el canto de un pájaro, en algunos rasgos ejecutados por un gran artista sobre un cuadrado de papel, en un tranquilo prelude de Bach... Únicamente los sordos y los ciegos atraviesan la vida sin ser abrumados por su belleza siempre renaciente.

10 de noviembre.

¡Qué silencio en la casa! Son las seis de la tarde y creo que todos han salido, excepto yo. Oigo el cascabel del gato en la antesala y el murmullo confuso que sube de la calle, es todo. Espero no olvidar esta hora de paz, que en ella volveré a encontrar el camino más tarde.

15 de noviembre.

Lectura de *Lamia*. Cuando leo a Keats tengo la impresión

de ser un oso en un torrente de miel, porque todo es delicioso. Creo que Keats ha poseído más que ningún otro el don tan raro de evocar de una manera precisa lo que apenas describe. Todo el universo sensible parece caber en sus versos, pero cuando se contempla eso de muy cerca, con la esperanza de analizar esa magia ¿Qué encontramos? Aquí un hombro desnudo, allá un rizo de cabellos dorados, más allá un narciso...

Sin fecha.

No creo que haya nada en el universo más lleno de pensamientos humanos que una ruta. Sobre todos los grandes caminos por donde pasan los hombres, a pie, a caballo o en coche, se han construído novelas, pensado asesinatos, preparado revoluciones y trabajado, acaso, en bien de la humanidad. Si no existieran los caminos, si fuese posible trasladarse en el mismo instante de una ciudad a otra, la actividad mental de la raza humana se debilitaría al cabo de cierto tiempo, y terminaríamos por girar en redondo en un dominio intelectual cada vez más restringido, no hallando ya la ruta por donde huir...

.....

—He encontrado en Chestov esta frase que me hace pensar: «Mientras el escritor redacta, es decir, mientras reflexiona y escribe representa cierto valor, pero fuera de su función, es el más nulo de los seres humanos». (*En los confines de la vida*. Ed. Schiffrin, pág. 129).

.....

—Nada más secreto que la mirada humana. Ya se lea allí la alegría, la desesperación, la cólera o el deseo, siempre me ha parecido que contiene algo más que esas emociones pasajeras y que ese algo sigue siendo propiamente inexpresable. En el fondo de los ojos más visiblemente vueltos hacia el mundo exterior se adivina la presencia de una segunda intención (prejuicio miste-

rioso o, si se quiere, de una especie de segunda mirada en la que a veces se vislumbra algo. ¿Qué nombre darle para definirla? Creo que es la mirada de alguien que *sabe* y esto es todo lo que puedo decir de ella. La he sorprendido más a menudo en los ojos de los niños que en los ojos de los hombres. He tenido vergüenza al escuchar las torpezas de ciertas personas, porque al hablarme de esa manera trivial y aburrida, dirigían hacia mí una mirada, en la que brillaba una insondable sabiduría de la que no tenían ninguna conciencia.

.....

—En Chantilly. Fuí a mirar el hermoso *Sassetta* del museo Condé; los colores me decepcionaron al principio: ese gris, esos oscuros austeros me parecieron tristes, después tomaron ante mis ojos su verdadero sentido, un sentido místico. Esta es una pintura singular, porque obra tanto por la visión directa cuanto por el recuerdo que se conserva de ella. San Francisco alza los ojos y mira a la Pobreza, la Castidad y la Obediencia que flotan encima de la tierra, y hay tal ímpetu de felicidad en el vuelo de las tres mujeres hacia el cielo que el mundo desagrada mirando bien esta escena. He experimentado un sentimiento análogo contemplando una miniatura de Jean Fouquet en la que el Cristo abandona su trono para ir a colocar una corona en la cabeza de la Santísima Virgen. En general no me agrada que el alma se sienta así sacudida, pero me parece que hoy comprendía tan bien el espíritu con el cual fuera pintada esa imagen que con ella experimentaba la tristeza como de una felicidad para siempre perdida. Existe también esto, pensaba, existe esa felicidad de la que no puede dar una idea ninguna palabra humana. *Nec lingua potest dicere, nec littera exprimere...* ¡Ah, si pudiéramos tener numerosas vidas, si pudiéramos serlo todo!

JULIEN GREEN.

(Traduc. de Angel Cruchaga S. M.).